



HOMILÍA CELEBRACIÓN MIÉRCOLES DE CENIZA
+ Cardenal Ricardo Ezzati Andrello sdb, Arzobispo de Santiago
Catedral Metropolitana de Santiago - 14 de febrero de 2018

Hermanos y hermanas en el Señor:

Con la celebración de la Eucaristía, la bendición de las cenizas y la imposición de ellas sobre nuestra frente iniciamos el tiempo de Cuaresma. Un tiempo santo, un tiempo propicio, un tiempo que el Señor nos ofrece para volver a Él de todo corazón.

“Vuelvan a mí de todo corazón”, nos decía el Señor en la primera lectura el profeta Joel. Vuelvan a mí de todo corazón. Volver al Señor para seguir sus sendas no consiste solamente en actitudes exteriores, sino, sobre todo, en el cambio de corazón, en el cambio que evangélicamente se llama *metánoia*, es decir, conversión, que significa que nosotros nos vaciamos de todo orgullo humano, de toda pretensión humana, de toda soberbia humana, para dejar espacio en nuestra vida al Señor, que nos viene a salvar.

La salvación no viene de nosotros mismos, no somos nosotros capaces de cambiar nuestro corazón. El que nos cambia el corazón es la gracia de Dios, la experiencia de un encuentro con Él, que es misericordioso, que es fuente de vida nueva, que viene a cambiar nuestra mentalidad centrada -muchas veces- en nosotros mismos, en nuestro poder, en nuestro orgullo, para centrarla en su voluntad, que es una voluntad de comunión, una voluntad de salvación, una voluntad de perdón.

Vuelvan. Vuelvan a mí de todo corazón. Hay etapas de nuestra vida y hay etapas de nuestra historia en las que con mayor fuerza, con mayor intensidad resuena este llamado de Dios en nuestra vida personal y comunitaria. Vuelvan. Vuelvan a mí de todo corazón. Y recordando las palabras proféticas de Jeremías el Señor nos dice: “Por qué buscas cisternas de agua que están contaminadas. Vengan a mí, Yo los haré salvos”.

La segunda lectura nos recordaba que esta salvación que Dios nos ofrece no es obra de la inteligencia humana, no es obra de nuestro orgullo o de nuestro saber. Hoy día, el hombre contemporáneo, la mujer contemporánea, estamos enfermos de autosuficiencia. Pareciera que lo podemos todo, que podemos vencer tantos obstáculos que se presentan en nuestra vida, que podemos vencer a los demás –muchas veces- con nuestro orgullo, con nuestro poder, que podemos dominar no solamente la naturaleza, sino que también pretendemos dominar a los hermanos y a las hermanas y al mismo Dios, poniéndolo a nuestro servicio. El que nos salva es el Señor. Este es el día favorable, “déjense reconciliar con Dios”, nos repite san Pablo. Porque el poder de Dios es capaz de cambiar completamente nuestra vida, de tomar los desechos de nuestra vida para hacer de ellos un vaso nuevo.

Una vez más nos viene a la memoria las palabras del profeta: Dios es el alfarero, quien nos construye y reconstruye constantemente. Déjense reconciliar con Dios. Dejémonos reconciliar con Dios. Solo la reconciliación que nace, que se afianza en el Dios de la misericordia, es una reconciliación que tiene futuro. Muchas veces nuestros intentos de reconciliación, por muy nobles que sean, se encuentran con nuestra fragilidad, y volvemos a vivir la experiencia de enemistad y de división que llena nuestra vida de tristeza. Solamente Dios nos puede reconciliar con Él, con nosotros mismos, con los hermanos y con la misma naturaleza. Hoy día, de una manera muy particular, nosotros, nuestra cultura, nuestro pueblo, nuestro país, nuestra ciudad, necesita dejarse reconciliar con Dios. El tiempo de Cuaresma es un tiempo propicio para ello.

Y el texto del Evangelio nos indica cuáles son las actitudes fundamentales que la conversión exige. Por dónde pasa la auténtica conversión. Y Jesús en el Evangelio toca tres aspectos de la reconciliación que debiera ser fecunda en nuestra propia vida. “No practiquen la justicia para ser vistos”, “que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”. Es el primer consejo que Jesús nos ofrece para dejarnos reconciliar con Dios. Es decir, la actitud de vivir con esa rectitud interior, que supera la actitud exterior de los escribas y de los fariseos y que llega a tocar nuestro corazón. Solamente si el corazón cambia, también nuestras acciones cambiarán. Porque de nuestro corazón brotan las cosas buenas, y de nuestro corazón también brotan las cosas malas.

La conversión no consiste en asumir una actitud exterior, no consiste en manifestarnos frente a los demás por lo que no somos. La conversión verdadera brota de la autenticidad con la cual, habiendo mirado nuestra vida, reconocemos nuestro pecado y queremos de verdad cambiar. La conversión es una tarea interior, no es una tarea exterior, no es rehacer algunas cosas de la exterioridad de nuestra vida. Lo que el Señor nos pide es el cambio del corazón. Y también en nuestra actitud religiosa el Señor nos pide un cambio que toque nuestro corazón. Nos dice: No digan muchas palabras, no se hagan ver por la gente. Entren en su corazón, porque en el interior de su corazón está Dios. Nuestra vida cristiana exterior, nuestras prácticas de piedad tienen valor, única y exclusivamente si son expresión de nuestro auténtico amor de Dios. No debemos tener en nuestra vida cristiana la

queja que Jesús tiene con su pueblo: “Este pueblo me honra solamente con sus labios, pero su corazón está lejos de mí”.

El cambio de nuestra vida, la conversión auténtica brota de un encuentro personal, interior, verdadero auténtico, repetido muchas veces con el Señor Jesús, que habita en nuestro corazón. Y finalmente el evangelista nos recuerda una tercera actitud propia de la conversión verdadera y auténtica. Cuando ayunes no te pongas triste, no pongas una cara de vinagre, como dice el Papa Francisco. Cuando ayunes, cuando hagas penitencia, perfúmate la cabeza. Mira que la conversión es un regalo, y la penitencia que te lleva a la conversión es un regalo que tiene que alegrarnos profundamente el corazón. Y la penitencia, especialmente la penitencia de este tiempo de Cuaresma, tiene la finalidad de hacer crecer el gozo, la alegría en nosotros mismos y en los demás.

Por eso, en nuestra Iglesia en Chile, y en cada una de las diócesis y en las pequeñas capillas esparcidas en los campos de Chile, o en la periferia de nuestras ciudades, comenzamos la campaña de Cuaresma de Fraternidad, porque justamente nuestra penitencia, nuestras privaciones, tienen un gran sentido, el de hacer aumentar el gozo en el corazón de los hermanos, el de hacer crecer la caridad, la solidaridad, de hacer crecer la convivencia fraterna. De una manera muy particular este año la campaña Cuaresma de Fraternidad está dirigida a un grupo de personas de nuestra sociedad que sufre muchas veces el abandono y la soledad. Son nuestros hermanos mayores. Nuestros hermanos que muchas veces viven en sus propios hogares, pero como si no estuviera en su propio hogar. Muchas veces nadie –ni siquiera de los más íntimos- tiene el tiempo para dialogar con ellos, para compartir el don de la vida, y todos los dones que hemos recibido de nuestra vida personal y comunitaria de todos ellos.

Ustedes ven que sobre el altar están colocadas allí tres cajitas que serán distribuidas en cada una de sus parroquias para que ahí coloquemos no lo que nos sobra, sino que para que coloquemos nuestro amor, nuestra solidaridad, nuestra fraternidad, especialmente con los adultos mayores que necesitan de nuestra solidaridad y de nuestro amor. El signo de la penitencia que se hace don, el signo de la limosna que es propio del tiempo de Cuaresma que no sea simplemente una costumbre que nos lleva a dar lo que nos sobra, sino a compartir nuestro tiempo, nuestras alegrías, lo que tenemos, para que de verdad la conversión que el Señor nos pide se transforme en un camino de mayor fraternidad y de mayor solidaridad entre todos.

Muy queridos hermanos y hermanas, los invito que como Iglesia de Santiago, en cada una de sus familias, hogares y capillas vivamos este tiempo de Cuaresma como un regalo de Dios, como un regalo muy propicio para nosotros. Ese regalo de encontrarnos con la misericordia de Dios, con Cristo, que desde la cruz nos indica los confines del amor. Nos amó tanto, que entregó su vida por nosotros.

Al recibir sobre nuestra frente ahora la ceniza bendecida recordemos que el futuro de nuestra vida es el amor, el amor que nos tiene que llevar a entregar también nuestra vida de todos los días, hasta el último respiro, vivida como un regalo de Dios para nosotros y para nuestros hermanos que más lo necesitan.

Les deseo a todos ustedes una Cuaresma muy fecunda, que este camino nos lleve al encuentro con Cristo resucitado. La esperanza verdadera. La única esperanza que no engaña. Amén.

+ Cardenal Ricardo Ezzati Andrello sdb
Arzobispo de Santiago